

objeto de admiración, y se le rinden homenajes. Ya de regreso á su patria, qué movimientos, qué aclamaciones á su entrada en las ciudades! ¡Qué concurso de clero y pueblo, y qué cánticos de alegría! Se ambiciona con locura tocar sus vestidos, besar sus pies..... Sus compañeros participaban de estos honores, y á ejemplo de su maestro, mientras más se afanaban en buscar los desprecios del mundo, más aumentaba el mundo sus testimonios de veneración y estima. ¿Podía acaso suceder de otra manera ante los extraordinarios dones que ostentaba el Cielo en el padre y en sus hijos? Así os complacéis, oh Dios mío, en recompensar presuroso á las almas generosas; ellas no ponen limites á su sacrificios, y Vos tampoco limitáis vuestro amor para con ellas. Quitad de nuestro corazón, oh Dios mío, todo afecto hacia las cosas terrenas; desprendednos de nosotros mismos. ¡Que os amemos, Señor, y que sólo amemos á Vos! y que á ejemplo de San Francisco, descansemos en Vos y repitamos felices: ¡Oh Dios mío y todas mis cosas!

*Céntuplo del cielo.
Ejemplos de F.*

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN.

PUNTO PRIMERO.—*San Francisco practicó la abnegación evangélica en toda su perfección.*—La renuncia perfecta contiene la perfección de tres virtudes. 1.º Amor á la pobreza. Fué tanto en Francisco de Asís, que sacrificó hasta el santo placer de socorrer á los pobres; prefirió comer con Jesucristo el pan de los pobres que alimentar á Cristo en la persona de ellos. Su oración favorita era: «Mostradme, Señor, los caminos de la pobreza..... La amo de tal modo, que no puedo vivir sin ella. Amando la pobreza tuvo también el don de hacerla amar. 2.º Amor de los desprecios. Consiste en ella la perfección de la humildad. A ejemplo de su divino Maestro, San Francisco tenía sed de oprobios, y como El fué harto de ellos. Burlado é insultado, siente en su corazón el colmo de la alegría. ¿Qué género de sufrimientos hay que no inventara para crucificar su carne? Podrá decir con San

Pablo que lleva impresas en su cuerpo las llagas de Nuestro Señor Jesucristo.

PUNTO SEGUNDO.—*La promesa del céntuplo admirablemente cumplida en San Francisco.*—Halló la abundancia en la escasez. Fué su pobreza caudal más seguro que todos los tesoros del mundo; y debió ocuparse más en rechazar lo superfluo que en buscar lo necesario. Halló delicias en los sufrimientos. En el fondo del desierto y sobre las rocas pasaba noches enteras repitiendo: *Dios mío y todas mis cosas!* y al repetirlo sentía inundado su corazón de alegría. Halló la gloria en las humillaciones, ¿y qué hombre fué jamás honrado como él? Cuanto más él se empeñaba en buscar el desprecio del mundo, redoblaba el mundo sus testimonios de amor y veneración para con él.

MEDITACIÓN CXXXVIII

15 de Octubre.—SANTA TERESA.

Nació esta ilustre Santa en Avila, ciudad de España, el 28 de Marzo de 1515. La lectura de la vida de los santos que se hacía todos los días en familia en casa de sus virtuosos padres, le inspiró un ardiente deseo de morir por Jesucristo. Habiendo intentado inútilmente encontrar el martirio entre los Moros, resolvió llevar una vida solitaria en casa de sus padres, hasta que se le ofreciera la ocasión de conseguirlo. Perdió á su madre á la edad de doce años, y poco tiempo después comenzó á tomar gusto á lecturas frívolas, que hubieran podido llegar á serle funestas, si no la hubieran puesto á pensión en un convento. Allí Dios le dió á conocer de qué precipicio la había salvado, y le inspiró el pensamiento de retirarse entre las Carmelitas de Avila, donde tomó el hábito el 21 de Noviembre de 1536, á los 21 años de edad... La orden del Carmelo había ya perdido mucho de su primitivo fervor; Teresa recibió del Cielo la misión de reformarla. Comenzó por las religiosas, y animada después por los felices resultados obtenidos, con la ayuda de San Juan de la Cruz

emprendió la misma reforma en los conventos de varones. Dios bendijo sus esfuerzos y después de mil contrariedades, tuvo el consuelo de ver treinta y dos monasterios que habiendo abrazado su regla, esparcían el suave olor de las más puras virtudes. Murió el 1582, y fué canonizada en 1621.

Aplicuémosle estas palabras de Isaías: «obraré con fiadamente y nada tendré que temer, porque el Señor es mi fortaleza y mi alabanza» (1).

I Su fortaleza confunde nuestra flojedad.

II El éxito que obtiene confunde nuestra desconfianza.

PUNTO I

El valor de Santa Teresa confunde nuestra flojedad

El valor se mide por la grandeza de las empresas y por las dificultades de que triunfa. Teresa de Jesús se propone alcanzar una eminente santidad y guiar á ella un gran número de almas, pero para realizar estos dos generosos fines ¡cuántos obstáculos que parecían insuperables se le ofrecen! En sí misma, inclinaciones capaces de quitarle hasta la esperanza de poder alcanzar la santidad á que aspiraba; por parte de los demás contradicciones capaces de hacerle abandonar la obra de su propia santificación. Con la gracia de Dios y su constancia logró triunfar de todo.

1.º Ya desde su infancia sentía un vehemente deseo de sacrificar su vida por aquel Dios que la ha amado hasta morir por ella... Pero ¡oh, mezcla de fuerza y debilidad! tenía valor para arrostrar el martirio y no lo tenía para vivir una vida de sacrificio. Estaba pronta á derramar su sangre por Jesucristo y rehusa privarse por su amor de ciertas afeciones demasiado humanas. Si estas afeciones hubieran sido duraderas, habría puesto en gran pe-

(1) *Fiducialiter agam et non timebo, quia fortitudo mea et laus mea Dominus.* (XII, 2).

ligo su salvación: su corazón, que había de engrandecer tanto el amor divino, que le había de merecer el sobrenombre de seráfica, hubiera venido á ser esclavo de su miserable vanidad. Pero vuestros ojos, Dios mío, velaban sobre ella! Estas caídas pasajeras no sirvieron sino para hacer brillar más el poder de nuestra gracia y la paciencia de vuestro amor.

Su vocación á la vida religiosa le ocasionó terribles combates. Abandonarlo todo y para siempre, qué sacrificio! Vivir en perpetua dependencia bajo una regla austera, qué tormento!; pero exponerse por otra parte á condenarse... qué temeridad! Ser toda de Dios, qué gloria! sacrificarse á sí misma, qué suplicio!.. Jesús le presenta su cruz y ella la acepta. Esta determinación le es tan penosa que para expresarla se sirve ella misma de estos términos: fué, dice, como si me desgarrasen los huesos y me arrancasen los miembros con violencia. Sin embargo, nada le amedrenta, y apura hasta las heces cáliz tan amargo, porque así alcanzará mayor mérito. Y aún después de la emisión de sus bodas, el esposo celestial exige de ella mayores sacrificios, obligándola á renunciar por El á las conversaciones demasiado frecuentes é íntimas con personas de fuera. «Dios, dice ella misma, me llamaba por una parte, y el mundo me arrastraba por otra. Mi alma se hallaba en continuo desasosiego.» Veinte años pasé en esta lucha! Mis caídas eran numerosas y no me levantaba de ellas sino á medias.

Es, pues, cierto que los santos no son de una naturaleza distinta de la nuestra ni están exentos de defectos; que algunos han permanecido mucho tiempo en el estado de languidez antes de aspirar á una sólida perfección; por qué pues, desalentarnos? Pero Teresa no se contentaba con su propia santificación.

2.º Celo ardiente por la gloria de Dios y la salvación de sus hermanos la devora. El pensamiento de tantas almas que se pierden la llena de amargura. No cesa de rogar por la conversión de los pecadores, por los misioneros que van á llevar la fe á las nacio-

nes extranjeras... Más aún, se siente inspirada para; trabajar ella misma en la salvación de las religiosas con estas miras emprende la reforma del Carmelo. Bien vislumbra ella las tempestades que su obra va á levantar; pero Dios es su fortaleza, y nada teme.

En efecto, apenas conocieron sus intenciones, cuando se levantó contra ella en toda España el espíritu de contradicción y animosidad. Fué una protesta universal. Orgullo, hipocresía, espíritu de mandar en religión, para sobresalir en ella por sus brillantes empresas, tales son los deseos que se le imputan; todo el mundo se opone á sus deseos. Los más moderados la compadecen cómo á quien es juguete de una imaginación exaltada y de un celo indiscreto ¡Cuántos sinsabores no hubo de soportar durante los veinte años que consagró á la ejecución de esta empresa! Pero ella lejos de desanimarse, vió en esa oposición de los hombres una garantía segura del socorro de lo alto. Lo único que le arredra es el temor de mostrarse pusilánime en sostener los intereses de Dios.

Las virtudes que fueron fruto de tantas pruebas nos fuerzan á reconocer que fué, sin embargo, más glorioso para ella y más infructuoso para nosotros el haber encontrado semejantes obstáculos en sus proyectos. Más glorioso para ella, porque en su firmeza podemos mirar el heroísmo de una alma cuyo único patrimonio parece debía ser la debilidad. De mayor instrucción para nosotros, pues á la vista de su valor nos avergonzamos de nuestra cobardía incapaz de grandes empresas, amedrentándonos la más insignificante dificultad. Humillémonos profundamente y hagamos un acto de fe sobre estas palabras: *Todo lo puedo en Aquel que es mi fortaleza* (1).

PUNTO II

El buen éxito de Teresa confunde nuestra desconfianza

Ella es débil, sus planes grandiosos, las dificultades parecen insuperables; y sin embargo, de todo sale

(1) *Omnia possum in eo qui me confortat.* (Philip., VI, 13).

airosa: el secreto de tan prósperos resultados está únicamente en su confianza en Dios. Acrisolada en los sinsabores y tedios de la vida espiritual, sube á la más eminente santidad. Contrariada por todos en la empresa de su reforma, logra verla florecer y extenderse prodigiosamente.

Todo cristiano, todo Sacerdote tiene su gracia particular, y sus progresos en la perfección dependen de su fidelidad en seguirla. La gracia de Teresa fué la oración. «Un día, dice ella misma, en que de orden de mi confesor pedía con instancia á Dios que me diera á conocer su voluntad en un arrobamiento de éxtasis oí distintamente estas palabras: *Quiero que de hoy en adelante tu conversación sea con los ángeles.*» Esta fué para ella la época de un cambio radical. Renunció para siempre á sus antiguas amistades y se entregó por completo á las más íntimas comunicaciones con Dios. Desde entonces fué favorecida con un género de oración extraordinario. En esos coloquios celestiales recibía ella aquellas luces que han hecho de sus escritos uno de los más ricos tesoros de la ciencia de los santos. Allí fué donde se engolfó en ese piélago de amor divino que fué después la guía de todos sus pasos, y que la consoló en sus tribulaciones.

Dos amores hay por los cuales Dios conduce á las almas al más alto grado de perfección: el del sufrimiento y el del gozo, y estos dos amores los poseía Teresa en igual grado: amor al sufrimiento. Sus ayunos perpetuos, sus sangrientas disciplinas con las cuales dilacereba sus inocentes carnes, sus enfermedades, tentaciones, sequedades interiores, todo ese cúmulo de trabajos que hubo de sobrellevar, sobrepujan lo que se puede decir, pero no lo que ella hubiera deseado. Cuantas más cruces Dios le envía, tantas más desea: sólo el sufrimiento ó la muerte pueden saciar su amor: *aut pati aut mori*. Amor de regocijo. ¿Quién podrá expresar las delicias de que el Salvador inundaría su alma, en éxtasis y apariciones, en los que le descubría las maravillas de su misericordia para con ella, como cuando le decía que si no hubie-

ra criado el Cielo, lo criaría para ella... Por estos dos caminos tan opuestos alcanzó tan elevada santidad.

No obtuvo menos éxito en la reforma del Carmelo. Después de la pertinaz resistencia, aun por parte de las autoridades eclesiásticas, y de sus prevenciones contra ella, permitidas por la divina Providencia, vió pronto cumplidos sus deseos. Despojada de todo socorro humano, apoyada tan sólo en Dios, llevó á feliz término su piadoso proyecto. La gloria de todo ello redunda á gloria del Señor, porque su poderoso brazo es el que lo ha ejecutado: *Fortitudo mea et laus mea Dominus.*

Demos gracias á Dios por los favores que concedió á Santa Teresa, y por ella á toda la Iglesia. Imitémosla en su fortaleza y confianza en Dios, y en nosotros, lo mismo que en ella, se cumplirán las palabras del Espíritu Santo: *Los que esperan en el Señor cada día recibirán nuevas fuerzas; tomarán alas y volarán como águilas; correrán sin fatiga; marcharán sin desfallecer por el camino* (1).

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*La fortaleza de Santa Teresa confunde nuestra flojedad.*—Sus grandiosas empresas; se propone llegar á una eminente santidad y guiar á ella gran número de almas. ¡Cuántos obstáculos tiene que superar, ora en sí misma, ora por parte de los demás! ¡Cuántos combates hubo de sostener y aún librar cuando se trató de abrazar el estado religioso! Por una parte la llamaba Dios y por otra el mundo. Prevé las tormentas cuando emprende la reforma del Carmelo; pero Dios será su fortaleza.

PUNTO SEGUNDO.—*El éxito de Santa Teresa confunde nuestra desconfianza.*—Purificada durante largo tiempo por los sinsabores de la vida espiritual, le fué dado alcanzar una eminente santidad. Contrariada por todos lados cuando trató de su reforma, tuvo el consuelo de verla florecer y extenderse por todas partes. Todas las almas tienen su gra-

(1). Is., XL, 31.

cia particular; la gracia de Teresa fué la oración. En ella como de fuente inagotable bebió los dos amores divinos que en ella fueron tan singulares: el amor del sufrimiento y el amor del regocijo.

MEDITACIÓN CXXXIX

1.º de Noviembre.—FIESTA DE TODOS LOS SANTOS.

La Iglesia nos ofrece en esta solemnidad tres grandes motivos de gozo y de edificación: la felicidad, el ejemplo y la intercesión de los santos.

I. Su felicidad nos hace presentir la nuestra y reanima nuestros deseos.

II. Su ejemplo nos enseña el camino que conduce á esa felicidad y nos allana las dificultades.

III. Su intercesión nos ayuda á caminar por él con ardor y perseverancia.

PRIMER PRELUDIO.—Me figuraré ver el Cielo abierto sobre mi cabeza, y en él á los santos que me tienden sus brazos y me invitan á participar de su felicidad. Escuchémosles repetir, como en un alegre cántico, el Evangelio de las bienaventuranzas: *Beati pauperes spiritu, quoniam ipsorum est regnum celorum..... Beati mites..... Beati mundo corde..... Beati qui lugent, etc.*

SEGUNDO PRELUDIO.—Obtenedme, oh bienaventurados amigos de Dios, la gracia de imitaros fielmente en el camino de abnegación y caridad que abrazasteis con tanto acierto, y continuasteis con tanta perseverancia y firmeza.

PUNTO I

La felicidad de los Santos nos debe hacer esperar en la nuestra: inflama nuestros deseos

El Cielo ha sido también conquistado para nosotros lo mismo que para esa multitud inmensa de

bienaventurados cuyas palmas y coronas la Iglesia presenta hoy á nuestra vista: *Vidi turbam magnam quam dinumerare nemo poterat... Et palmae in manibus eorum* (1). La Sangre de Jesucristo nos da los mismos derechos que tuvieron los santos; sólo se trata de alcanzar su posesión.

¡Oh alma mía! olvida por un momento este valle de lágrimas: *Sursum corda*. Entra en el palacio de los elegidos, cuyo arquitecto es el mismo Dios y en cuya ejecución ha agotado toda su magnificencia. Contempla á tu placer esta augusta y brillante corte entre la cual podrás también ocupar un puesto á menos que seas tan insensato que quieras tú mismo excluirte de él. Mira el coro de los ángeles, arcángeles, tronos y dominaciones..., la venerable asamblea de los patriarcas, profetas, apóstoles y el escuadrón triunfante de mártires..., el imponente senado de pontífices y doctores..., la armada victoriosa de todos los buenos Sacerdotes que con tanto valor se batieron en las filas de Jesucristo por las almas. Por unos momentos de ligera tribulación míralos ahora coronados para siempre de gloria y como embriagados en un mar de delicias (2).

El objeto de su felicidad es el mismo Dios, Dios, manantial inagotable de felicidad, esencia de toda perfección. El ilumina su inteligencia con los vivos resplandores de su luz, su voluntad con la abundancia de su paz y todas las potencias de su alma con la inmensidad de sus bienes. Lo ven, lo aman y lo alaban; ven la suprema bondad, y su vista eleva su espíritu; aman la bondad esencial y su gozo inunda su corazón... Gozo apacible cuyo patrimonio no les será disputado jamás. Alaban á Dios; y sus cánticos que son la expresión de su gozo, de su admiración, gratitud y amor serán eternos como los sentimientos que los inspiran. ¡Oh ciudad de Dios, mansión de los bienaventurados donde todo dura

(1) Apoc., VII, 9,

(2) *Momentaneum et leve tribulationis nostrae... aeternum gloriae pondus operatur in nobis.* (II Cor., VI, 17.)

y nada pasa, donde todo se encuentra y nada falta, donde todo es apacible y dulce sin mezcla de agitación y amargura! ¡Oh hermoso Cielo, si no puedo llegar á comprenderte al menos pueda lograr merecerte! Oh alma mía, escucha á Jesús que te dice: *Fili, non te frangant labores quos assumpsisti propter me, nec tribulationes te abjiciant usquequaque; sed mea promissio in omni eventu te roborat et consoletur... Leva faciem tuam in caelum; ecce ego et omnes sancti mei mecum, qui in hoc saeculo magnum habuere certamen, modo gaudent, modo consolantur, modo securi sunt, modo requiescunt, et sine fide mecum in regno Patris mei permanebunt* (1).

PUNTO II

El ejemplo de los Santos nos enseña el camino del Cielo y nos allana las dificultades

Ellos siguieron el buen camino, pues llegaron al término dichoso. Meditemos el pensamiento de Bourdaloue (2): ¿Qué es un santo?... Es una idea real, visible, palpable y sustancial de la perfección evangélica. Cuando Dios nos enseña un santo nos dice como en otro tiempo á Moisés enseñándole la figura del tabernáculo: *Inspice, et fac secundum exemplar...* Hé ahí lo que debemos ser: ese vivo retrato.... El ejemplo de este predestinado te enseñará lo que debes á tu Dios, á tu prójimo y á ti mismo: *Inspice et fac...* La vida de un santo es una lección que está al alcance de todos. Al mismo tiempo que nos ilumina, nos alienta disipando nuestras ilusiones y nuestros vanos recelos.

Ilusión sobre la naturaleza del verdadero mérito. Sucede á menudo que solemos considerar como grandes virtudes únicamente los grandes dones de Dios, el don de la contemplación, el don de lágrimas... Pero ¡de cuántos santos sabemos que no han

(1) *Imit.*, l. III, c. XLVII.

(2) Sermón para la fiesta de Todos los Santos.

recibido ninguno de estos favores! ¡Cuántos ha habido que los temían más que desearlos! San Bernardo exclamaba: «Menos unción, Señor, y más fuerza en mis cruces; menos dulzuras y más caridad, menos deleites y más fervor: *His contentus ero, cætera derelinquo!*» San Francisco Javier se quejaba en su interior de la abundancia de consolaciones: *Satis est, Domine, satis est.*

Ilusión sobre lo que constituye el valor de las obras. ¿Es por ventura su mayor ó menor brillo? Un incalculable número de santos y santas de primer orden han llenado sus días con las acciones más ordinarias. ¿Qué es lo que ha hecho María Santísima? ¿Qué obras de esplendor ha ejecutado el Santo de los santos durante la totalidad del tiempo que vivió entre los hombres? Entre los que contemplamos en el Cielo sentados en sus tronos ¡cuántos hay que han vivido en el mundo como solitarios, cuántos celosos de la fe sin que la hayan llevado al través de los mares, cuántos entregados á la penitencia sin que hayan tomado cilicios!

Ilusión sobre los obstáculos que uno cree encontrar en sí mismo para la santidad. Pasiones violentas y desarrolladas por medio de numerosas caídas..... ¿Acaso los elegidos no han tenido pasiones? ¿no les hemos oído quejarse alguna vez de que su carne se revelaba contra el espíritu: *Infelix ego homo, quis me liberabit de corpore mortis hujus?* (1) ¿No son acaso las grandes pasiones sabiamente dirigidas las que han formado los más grandes santos? La gloria de que disfrutaban se mide en proporción á las victorias que han alcanzado; luego estamos convencidos de que se vieron obligados á combatir lo mismo que nosotros... En cuanto á las caídas y á la fuerza del hábito que resulta de ellas, ¿cuántos santos muy ilustres no han sido también grandes pecadores? Su ejemplo será siempre una prueba evidente de que la santidad no es cosa imposible; más aún, que con la gracia que nunca falta y que tiene atractivos más verdaderos é

(1) Rom., VII, 32.

infinitamente más puros que los del mundo, se nos hace muy fácil. En fin, estos gloriosos amigos de Dios, modelos de fortaleza, son también nuestros poderosos protectores. Podemos decir de todos lo que San Bernardo decía de uno de ellos: *In terris visus est, ut esset exemplo, in cælum levatus est, ut sit patrocinio* (1).

PUNTO III

La intercesión de los Santos nos ayuda á alcanzar el término dichoso que ellos alcanzaron

Ellos ruegan por nosotros; este es un dogma de fe. «¿Quién podrá dudar, dice Bourdaloue que su intercesión contribuye á nuestra salvación mejor que nuestras propias oraciones?» Y da la razón de ello: «Nosotros pedimos según los deseos de nuestro corazón que á veces son injustos y desordenados... No pedimos lo que debe proporcionarnos el soberano bien. Pero los santos que ven en la claridad de Dios nuestros propios intereses piden para nosotros tan sólo aquello que más nos conviene. Sus oraciones tienen que ser eficaces, pues todas ellas están conformes al orden de los decretos de Dios y según sus planes. Habiéndose Jesucristo obligado en el Evangelio (2) á concedernos todo lo que le pidiéramos, y previendo que íbamos á abusar de esta promesa pidiéndole falsos favores que podrían causar nuestra ruina, ha hecho intervenir á los santos para que pidan con nosotros contra nosotros mismos: cuando el fin de nuestras oraciones no es el que debe ser, sin faltar á su palabra no las oye; porque El escucha á aquellos que puestos ante El abogan en favor de nuestros intereses.»

Y en otro lugar «La oración de un santo es de sí más poderosa que la nuestra, porque la dignidad de la persona que pide sube el mérito de la oración.

(2) Serm., II, de S. Vict.

(1) *Quodcumque volueritis petetis, et fiet vobis.* (Joan., XV, 7.)

Conviene añadir que los santos por su completo desinterés, ruegan por nosotros con caridad más pura y que la presencia y visión de Dios hacen que sus oraciones sean más atentas, así como también el ejercicio de su amor las hace más fervorosas (1).»

Es por consiguiente muy cierto que los bienaventurados no se olvidan de nuestras miserias. Cuanta mayor seguridad tienen de su felicidad, tanta mayor solicitud tienen por nuestra salvación: *Jam de sua immortalitate securi, et de nostra salute solliciti.* ¡Cuánta confianza y cuánta alegría no debe inspirarnos esta reflexión: Todos los santos del Cielo son para mí amigos afectuosísimos que gozan de gran crédito para con Dios, pues que el poder que les ha dado de asistirme es una parte de su recompensa. Todos me ofrecen sus sufragios! Tengo si quiero á los apóstoles que me ofrecen el celo, los mártires la fortaleza, los doctores sus luces, las vírgenes una pureza sin mancha.... Lo único que me piden en cambio de todo esto es que piense en ellos, sobre todo en la oblación del divino sacrificio, dando gracias por ellos y con ellos á Aquel que coronando sus méritos tejió también hermosa corona á sus propios dones: *Ut illis proficiat ad honorem, nobis autem ad salutem; et illi pro nobis intercedere dignentur in caelis, quorum memoriam agimus in terris.* Esforcémonos en repetir especialmente hoy y durante toda la octava esta oración jaculatoria: *Sancta Maria et omnes Sancti intercedant pro nobis ad Dominum: ut nos mereamur ab eo adjuvari, et salvari, qui vivit et regnat in saecula saeculorum. Amen.*

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*La felicidad de los santos nos hace inferir la nuestra y enciende nuestros deseos.*—El Cielo ha sido conquistado para nosotros; la Sangre de Jesucristo nos da á él derechos muy legítimos; sólo se trata de alcanzar

(1) Sermón para la fiesta de Todos los Santos.

su posesión. Contemplemos á nuestro placer la deslumbrante corte de los elegidos. Ellos ven, aman y alaban á Dios: sus cánticos serán eternos como los sentimientos que los inspiran.... ¡Oh Cielo hermoso! si no te puedo comprender, al menos que llegue á poseerte.

PUNTO SEGUNDO.—*El ejemplo de los santos nos enseña el camino del Cielo y nos allana las dificultades.*—La vida de un santo es una lección inteligible para todos. Disipa nuestras ilusiones iluminándonos:—1.º Sobre la naturaleza del verdadero mérito. No consiste en los favores extraordinarios; ¡Cuántos santos los temían más que desearlos!—2.º Sobre lo que constituye el valor de las obras. La mayor parte de los santos han llenado sus días con las acciones más ordinarias; la mujer fuerte ha manejado el huso.—3.º Sobre los obstáculos que uno cree encontrar en sí mismo para la santidad. Los santos han tenido también sus pasiones; muchos han sido grandes pecadores.

PUNTO TERCERO.—*La intercesión de los santos nos ayuda á alcanzar la misma felicidad de que ellos gozan.*—Ellos ruegan por nosotros y su intercesión contribuye á nuestra salvación más que nuestras propias oraciones. Ellos ven en la claridad de Dios nuestros verdaderos intereses y piden por nosotros lo que realmente necesitamos. La eficacia de sus oraciones es mayor por la dignidad de su persona como por el desinterés de su caridad. ¡Cuánta confianza no nos debe inspirar esta reflexión: Todos los santos del Cielo son mis amigos afectísimos que gozan de gran crédito delante de Dios. Felicitémoslos por su dicha y hagamos por merecerla, para gozarla con ellos un día, invocándolos y haciendo esfuerzos por imitarlos